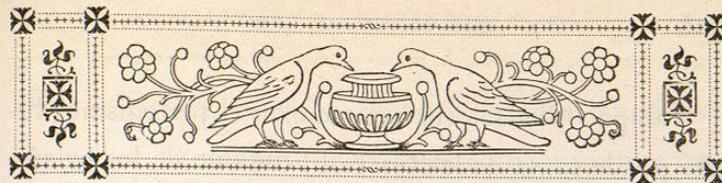


JOSÉ M. ROA BÁRCENA.



JOSÉ MARIA ROA BÁRCENA

ROA BÁRCENA—dice Sosa en la biografía que de él escribe—es en la sociedad mexicana tan cumplido caballero, como distinguido poeta y escritor.

En tan cortos renglones no puede hacerse más grande elogio de un contemporáneo; y lo más notable es que no hay exageración, porque Roa Bárcena merece bien ese elogio.

Apartado ahora de la política y dedicado á los negocios comerciales, ha ocupado parte de su tiempo, como Groto, en escribir la historia, no de las revueltas nacionalidades de la Grecia, y sí de tiempos y de nación no ménos revuelta, como es la nuestra.

Roa Bárcena no se contentó con ser poeta; publicó bellísimas composiciones, obtuvo merecidos elogios, y sin embargo, parece que esto no le satisfizo.

Tampoco llenaba sus aspiraciones el periodismo; luchó por la causa de la Reaccion, fué uno de los paladines de las ideas conservadoras en la prensa; pero ha tenido el orgullo de haberse retirado del combate sin haber escrito nunca en tales diarios ninguna de esas diatribas, ninguno de esos artículos en que el insulto y la calumnia son el hilo y la trama de que se vale el periodista, y que por desgracia están en moda entre nosotros.

No me ocuparé de las ideas políticas que Roa Bárcena defendía; ya he dicho que para mí, en estos artículos las cuestiones políticas no tienen significacion alguna; pero no puedo dejar de insistir sobre el giro caballeroso que Roa Bárcena dió siempre á todos sus escritos políticos en los momentos en que la lucha era más terrible.

El periodismo, entre los hombres honrados, entre los políticos de buena fé, entre las gentes que buscan el triunfo de una idea, es un sacerdocio, un apostolado, y no un medio de especulacion: esto no quiere decir que yo crea reprochable que un escritor gane honradamente su vida como periodista; de ninguna manera; escribir para el público, es siempre un trabajo que necesita retribucion, y retribucion espléndida, porque supone, además de notables aptitudes, largos y pasados años de estudio, laboriosidad y meditacion profunda en el presente, y valor, resolucion y serenidad para afrontar el peligro que siempre trae, el ataque al poderoso, cuando abusa de su fuerza, y el grito de alarma á la sociedad, cuando el crimen oculto

entre la sombra, conspira contra la justicia; el odio de algun partido contrario y el disgusto de los propios correligionarios, cuando á ellos mismos se les dice una de esas verdades que ningun bando político quiere escuchar.

El periodista que escribe por adular al poder, buscando la proteccion y el favoritismo, el lucro y la ganancia, lo mismo que el que halaga las pasiones de la muchedumbre y los vicios del pueblo, yendo en pos de lo que muchos llaman popularidad, extravian el camino del honor por el que debe marchar siempre un escritor leal y patriota.

Tampoco esto quiere decir que el periodista no pueda cegarse muchas veces por el espíritu de partido; que arrastrado por el entusiasmo, cruce el vallado por donde nunca debiera atravesar: eso es malo; mas yo no lo considero realmente como un delito, sino como una desgracia, y desgracia á la que están expuestos todos los hombres.

Pero el « mercenarismo » de la pluma, el comercio de la conciencia del escritor, el vil contrato por el que un hombre que tiene mayor ó menor facilidad para escribir, se compromete por un puñado de dinero á atacar las ideas que ayer defendió; á insultar y á calumniar á hombres á quienes no conoce ó conoce quizá por beneficios que de ellos ha recibido; á espiar el hogar doméstico para llevar el escándalo á una sociedad y la desolacion á una familia; el empeño retribuido de manchar por medio de la imprenta lo que está limpio, aun cuando esa mancha tenga que pasar, dejando su huella indeleble, sobre el nom-

bre de la patria, eso sí lo considero criminal; eso sí lo creo punible, por más que nuestra Constitución y nuestras leyes lo autoricen, y por más que nuestros gobiernos y nuestros hombres públicos hayan interpretado siempre que la honra y la reputación de un hombre y de una familia deben estar en México sin garantía de ninguna especie, á la disposición del primero que, por una enemistad personal, por una retribución ó por un rencor inmotivado, quiera lanzar al público un artículo en que llame á aquel hombre ladrón, plagiarlo, traidor, ébrio ó jugador.

Desgraciadamente no están lejos los ejemplos de tales abusos en la imprenta, ni han pasado tampoco los días en que de esa manera se ejerce el ministerio del periodismo. Por eso cuando estudiamos los escritos de Roa Bárcena, nos detenemos con satisfacción delante del publicista á quien bastaron las leyes de la caballería, para no excederse un punto en las luchas periodísticas, sin ocurrir nunca al inabarcable campo de lo que se llama la libertad de imprenta.

El estilo de Roa Bárcena, no sólo como periodista sino en lo general como escritor, es fluido, sencillo, y sobre todo, es el estilo que corresponde á la lengua española y á la raza latina.

Víctor Hugo algunas veces ha escrito en un estilo que muchos han procurado imitar; por ejemplo, en *El derecho y la ley* dice:

« La inviolabilidad de la vida humana, la libertad, la paz, nada indisoluble, nada de irrevocable, nada de irreparable; tal es el derecho.

El cadalso, la espada y el cetro, la guerra, todas las variedades del yugo, desde el matrimonio sin divorcio en la familia, hasta el estado de sitio en la ciudad; tal es la ley.

El derecho: ir, venir, comprar, vender, cambiar.

La ley: la aduana, el portazgo, la frontera.

El derecho: la instrucción gratuita y obligatoria sin presiones sobre la conciencia del hombre, embrionaria en el niño; es decir, la instrucción laica.

La ley: los ignorantes.

El derecho: la creencia libre.

La ley: la religión del Estado.

El sufragio universal, el jurado universal, ese es el derecho; el sufragio restringido, el jurado escogido, esa es la ley.

La cosa juzgada, esa es la ley; la justicia, este es el derecho.

Medid el intervalo.»

Este estilo que se ha llamado bíblico, hizo gracia á muchos escritores, no sólo en México sino en España, y sin reflexionar ni pararse en pelillos, se soltaron escribiendo en renglones cortos y con cortados pensamientos, todo lo que á las mentes les venía, recordando que Víctor Hugo dice en el «Noventa y tres:»

«Nos acercamos á la gran cima.

Hé allí la Convencion.

La mirada se petrifica en presencia de aquella altura.
Jamás apareció en el horizonte de los hombres nada más elevado.

Hay un Himalaya como hay una Convencion.

La Convencion es el punto más culminante de la Historia.»

Pulularon Víctor Hugos por todas partes, desde Selgas en España hasta Juan Mateos en México; y los artículos de costumbres y de literatura y de política, se escribieron así.

¡Aquello era terrible! Y no se podía tomar un periódico sin encontrar luego un escrito que al primer golpe de vista parecía fluctuar, por sus apariencias, entre la oda y la lista de la lavandera.

«Daban las doce de la noche.

La policía dormía.

El sueño es el invierno de la policía.

Velaba el ladrón.

El transeunte cruzaba descuidado.

Se oyó un grito.

Acudió un policía.

Era tarde.

Una capa había desaparecido.

El devorante había puesto la garra sobre lo indevorable.

La propiedad se había evaporado delante de la fuerza.
El huracán arrebató á las nubes.

Los ladrones son el huracán de las capas.

Las capas son viables en los hombros ó en los *empeños*.

Había una capa menos.

Muchos grados de frío más.

El abrigo es la burla de la temperatura.

Una pelliza se carcajea del termómetro.

Un termómetro se avergüenza delante de una chimenea.

El policía ayudaba al termómetro.

El transeunte fué el campo del combate.

El hombre de la ley y el hombre de la desgracia se contemplaron.

Un robo es una afirmación.

Lo positivo estaba frente á frente de lo mitológico.

La policía es un mito.

Lo pasado y lo inverosímil se daban una cita en la oscuridad.

El policía era el número 13. El 13 es un número fatal.

El robado se llamaba Don Gregorio Chamorro. El nombre de Gregorio es fatídico.

La suerte tiene sus risas satánicas como los ángeles caídos del infierno cristiano.

Un policía que llega fuera de tiempo es como una carcajada de Satanás.

El paradero del ladrón quedó ignorado.»

Este seria un buen párrafo de gacetilla, en el estilo aquel famoso; y no he querido copiar un trozo original, por consideraciones á los descarriados que por ese atajo se arrojaron.

Sin embargo, no resisto á poner algo de Selgas, tomado de sus «Hojas sueltas.»

«Las mujeres tienen diferentes habilidades.

Unas hacen flores.

Otras hacen dulces.

Algunas hacen lo que deben (*sin duda será no leer esto*).

Muchas lo que quieren.

Todas hacen señas.

Y ¡oh dolor! hay también mujeres que hacen versos.

¿Qué tal? ¡Admirable! ¡y que en nuestra sesuda madre, la vieja España, se haya tolerado esto!

Dice Selgas:

«El corazón, puede decirse que es el cerebro de los sentidos. (*Y el estómago el cerebro de la humanidad.*)

La cabeza nos dice: piensa; el corazón nos dice: siente. (*Hartzenbusch nos dice: el descubrimiento no me parece tan plausible como el de las Indias.*)

La inteligencia discurre. (*Notición.*)

El corazón adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza.

La razón hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazón. (*¡Qué lástima!*)

La inteligencia más grande no vale tanto como un corazón hermoso. (*Eso va en gustos, y la ciencia no es de ese mismo.*)

La inteligencia propone: el corazón manda: (*ó como dicen en México: el hombre pone, Dios dispone, y un tonto descompone.*)

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento. (*Este hombre ni ha oído siquiera el griego, ni ha leído á Santo Tomás.*)

La lógica del corazón dispone de argumentos irresistibles. (*¡Cáscaras!*)

Nada es más fácil que tener veinticinco años. (*Esta sí es buena noticia. ¿Cómo se hace? todos somos marchantes.*)

A poco de nacer los tiene cualquiera.» (*A poco, á los veinticinco años; no vayan á creer los lectores que á los cuatro ó cinco días. ¡Como dice Selgas que es tan fácil!*)

Lamennais tomó el estilo de Isaías; Víctor Hugo imitó á Lamennais; Selgas quiso imitar á Víctor Hugo, pero no salió bien: con razón no hubo quien le persiguiera en Francia por contrefaçon.

A Víctor Hugo se le alaba y se le admira escribiendo así, porque el genio, como el rey Midas, convierte en oro todo cuanto toca; porque las ideas, vigorosas y nuevas, brotan del cerebro de ese hombre, bellas en su desórden

é incapaces de someterse á las severas reglas que rigen en la marcha de las inteligencias comunes, como no es posible el órden en una concurrencia numerosa que sale espantada y en revuelta confusion por las puertas de un teatro huyendo de un incendio.

Víctor Hugo, llegando al mundo con las proporciones de gigante, y encontrando sólo trajes cortados y hechos para hombres de talla comun, necesitó vestir sin sujetarse ni á la moda ni á las costumbres de sus contemporáneos. Pero la verdad es que ese estilo, ese modo de escribir, ni es de nuestra raza, ni es de nuestra lengua; se le llama bíblico, porque en la Biblia es donde generalmente ha sido leído; pero verdaderamente debe llamarse semítico, porque es el estilo conforme con el espíritu y el idioma de los pueblos semíticos, y el usado en sus libros religiosos y sus poesías.

«El arte de la oratoria—dice Renan en su «Historia de las lenguas semíticas»—en el sentido clásico, fué siempre desconocido á los Semitas: sus gramáticos ignoran aun el arte de subordinar los miembros de la frase, y denuncian en su raza una evidente inferioridad en las facultades del razonamiento, aunque un gusto muy vivo de las realidades y una gran delicadeza de sensacion. La perspectiva falta completamente en el estilo semítico; en vano se buscarian esos relieves, esos grabados, esas medias tintas que dan á las lenguas Aryannas como una segunda potencia de expresion. Llanas, sin inversiones, las

lenguas semíticas no conocen otro procedimiento más que la «juxtaposicion» de ideas á la manera de las pinturas bizantinas ó de los bajo-relieves de Nínive: es preciso confesar que la *idea de estilo*, tal como nosotros la entendemos, falta completamente á los Semitas; sus períodos son muy cortos, y la extension del discurso que abraza no pasa de una ó dos líneas.»

«Únicamente preocupados con el pensamiento actual los escritores Semitas, ni preparan de antemano el mecanismo de la frase, ni cuidan de la que pasó ni de la que debe venir: de allí, extrañas inadvertencias ó incapacidad para seguir hasta el fin con el mismo giro, y la costumbre de no volver sobre sus pasos para corregir lo que está escrito. Se diría que es una conversacion descuidada, tomada inmediatamente para fijarla en la escritura.»

«En la estructura de la frase, como en toda su constitucion intelectual, hay entre los Semitas menor complicacion que entre los Aryannos; les falta un grado de combinacion que nosotros juzgamos necesario para la expresion completa del pensamiento; *unir las palabras en una proposicion es su último esfuerzo; y no piensan jamás en hacer la misma operacion respecto de las proposiciones entre sí*: este es, para usar de la frase de Aristóteles, *el estilo infinito*, procediendo por acumulacion de átomos, en oposicion con la rotundidad perfecta del período griego ó latino; todo lo que puede llamarse número oratorio les es desconocido, y la elocuencia no es para ellos más que una